

LA JUVENTUD Y EL PROBLEMA SEXUAL

Insertamos con el mayor placer en nuestra Revista el siguiente artículo del profesor chileno Roberto Barahona en que valerosa y francamente, se plantea y resuelve el problema sexual de los jóvenes. Conviene su lectura a quienes creen la incontinencia complemento de hombridad y derrochan su capital humano físico e intelectual en la aventura fugaz, olvidando su destino superior y la nobleza verdaderamente varonil de quien se reserva para sí mismo y para la salud de la especie.

La historia de los grandes fracasos es, tal vez, la más interesante de las historias. Nada hay tan pródigo en enseñanzas como un proyecto que, luego de puesto en práctica, no resulta o, lo que es más instructivo todavía, da frutos opuestos al fin para el cual se imaginó. El método de los fracasos es tan útil que hace muchos años se emplea en los laboratorios de Biología experimental y viene proporcionando cada día un nuevo grano de verdad. Se desea saber, por ejemplo, el papel que desempeña en el organismo el cuerpo tiroides. Nada más fácil. Se le saca a un niño—hablo en hipótesis—esta glándula y tenemos a nuestra vista un resultado, el fracaso de una vida sin tiroides, que remata en la caquexia tiroepriva. Administramos a otro grandes cantidades de cuerpo tiroides y obtenemos otro tipo de desastre, el hipertiroidismo con todo su cortejo de síntomas.

A través de los siglos, la Humanidad ha fracasado muchas veces en sus tentativas; el análisis de las causas y circunstancias ha sido provechoso, porque ha hecho conocer qué errores se cometieron al idear un sistema y ha permitido a las generaciones posteriores la enmienda de dichos males.

Hoy día asistimos a la culminación de un fracaso: el fracaso del especialismo. Se creyó que los hombres podrían ser más útiles a

la sociedad si sólo se aplicaban a un mundo pequeño y restringido de hechos y de ideas, olvidando que la Humanidad es algo más que una colonia de hormigas, donde unas comen, otras trabajan, otras defienden y algunas se reproducen. Fruto de esta amputación de la personalidad humana, ha aparecido un nuevo tipo de hombre, el bárbaro, como lo denomina Ortega y Gasset, es decir, un hombre que sabe mucho de algo, pero que ignora todo lo que no es ese algo.

Un sano intento de perfeccionar llevó hacia la especialización; sin embargo, ésta ha producido resultados desastrosos. En efecto, como los seres humanos no se pueden asimilar a engranajes de un mecanismo, como su inteligencia no es capaz de tolerar limitaciones, invaden otros campos que los que la artificial especialización les ha asignado y actúan en ellos con el magnífico desconocimiento que proporciona la sabiduría localizada de nuestros días. Y vemos, así, que en la actualidad todo el mundo opina sobre cuanto problema existe, sin hacer antes un arqueo de conocimientos. Y lo peor es que todos se tienen por científicos: a diario nos encontramos con señores respetables que hablan en esdrújulo, citan nombres extranjeros, otros tantos bárbaros, y echan, entre dos sorbos de café, las bases científicas que sostendrán la sociedad futura.

Desgraciadamente, quien más ha sido aporreada por la barbarie científica es la Ciencia, la verdadera Ciencia, y, de sus ramificaciones, no es la menos socorrida la Biología. El célebre investigador alemán von Uexküll escribe en su obra "Ideas para una concepción biológica del Universo": "Ninguna ciencia se cita hoy con más frecuencia que la Biología y ninguna tiene que sufrir hoy tanto como ella bajo la general confusión de ideas. ¿Qué hay que no sea objeto de la Biología? Su territorio debe extenderse desde el lenguaje de los negros hasta la física de los cristales líquidos. La mayor parte de las ciencias del espíritu y de la Naturaleza y sus derivadas se honran de pertenecer a la Biología. Muchos historiadores, economistas, sociólogos, investigadores de Religión, hablan de supuestas leyes naturales biológicas. Si pasa uno la vista por la enorme suma de especulaciones y claves analógicas sin dirección, se puede llegar a la idea que la Biología no es, en modo alguno, una Ciencia, sino un cómodo auxiliar para demostrarlo todo." Esta observación de von Uexküll es exacta; nuestra experiencia la puede comprobar a cada paso. Hay, pues, un peligro, un peligro grave en escuchar sin severa crítica cuanto se oye o cuanto se

lee sobre cuestiones sociales, éticas o religiosas. De aquí la conveniencia y la oportunidad de procurar formarse un sólido criterio en lo que se refiere a tales problemas: ese es el motivo por el cual he aceptado tratar hoy día el problema de la castidad. Al hacerlo, no abrigo la pretensión de decir nada nuevo y muchos quizás reconocerán más de una frase de Paul Bureau, de Pavissitch, de Förster, de Escande, de Merañón y también de algunos bárbaros, como Bertrand Russel, Ivan Bloch o Ben Lindsey.

EL PROBLEMA SEXUAL

¿Qué es el problema sexual? ¿Cómo y cuándo se plantea? ¿Qué factores intervienen para generarlo? Tan importantes son estas cuestiones; que considero que el desorden que se nota en la literatura sexológica moderna proviene casi exclusivamente de una falta de precisión al plantear el asunto.

Para el niño no existe problema sexual. Pasa al lado del peligro sin darse cuenta. Pero llega un momento de la evolución del adolescente en que, de modo brusco, el desarrollo del cuerpo se orienta; va tomando proporciones definidas; los órganos genitales adquieren la morfología del adulto; aparece el deseo sexual; al muchacho empiezan a interesarle las mujeres y se sumerge en cavilaciones sobre el origen de sus semejantes. Hasta entonces nada ha venido a empañar el curso sereno de los hechos naturales. Pero hay cosas que no comprende; interroga a sus padres y éstos le responden con evasivas o con mentiras infantiles. Eu muchacho sospecha que ronda algo poco limpio; no vuelve a tocar el tema con sus padres. Y un día, triste día que quizás todos hemos conocido, algún compañero de colegio de más edad, a veces un sirviente de la casa, inicia al pobre niño, se liento de verdad, en los misterios de la reproducción. Así, por este camino, la Humanidad viene recibiendo, de generación en generación, la primera lección de impureza.

El muchacho siente que su vida ha dado un vuelco, pero no se detiene a pensar en ello. La nueva ruta descubierta lo atrae con fuerza magnética. Y vienen las conversaciones y los libros y el cine y el ba-taclán. El acto sexual viene a ser sinónimo de pecado. El deseo sexual cambia de sentido: la imaginación entra en juego y aparece la conquista de una mujer como el objeto de la vida. Pero una mujer

no se puede conquistar a los 15 años; es menester esperar hasta los 25 y, entretanto, hay algo dentro que bulle, algo que llama a diario "y tal vez con aldabonazos tan fuertes que hacen estremecer al organismo." Se ha desencadenado el problema sexual.

A partir de este momento, el joven se siente solicitado por fuerzas antagónicas. De una parte, cierto resto de pudor, la zozobra de cometer una acción incorrecta: todavía cree en el pecado. Por otro lado, una tendencia que se va haciendo más y más irresistible, que lo empuja hacia la pasión sexual. Finalmente, aquellos cuya constitución pertenece al tipo de los extrovertidos, en otros términos, aquellos optimistas y comunicativos que viven entre los demás, caen en la senda peligrosa de los amores clandestinos; mientras los introvertidos, esos taciturnos que piensan y obran sin relacionarse con el ambiente, por temor a la mujer o por miedo a la sífilis, van a parar en masturbadores.

Estos son, en rasgos generales, los hechos que ocurren a diario y que todos hemos presenciado con variantes que en nada afectan al fondo del asunto.

Vemos, pues, que el problema sexual se genera por la intervención de dos órdenes de factores: factores fisiológicos que residen en el individuo mismo, como el desarrollo natural de los órganos en la pubertad y la acción de la secreción interna del testículo; este tipo de factores es perfectamente biológico, nada hay ellos que deba culparse de lo que más tarde pueda suceder. Pero luego intervienen los factores ajenos al individuo, y, muchas veces, notablemente en las clases bajas, han intervenido antes de que haya obrado la Naturaleza. Son estas influencias las que, de un proceso fisiológico normal que se desarrolla naturalmente, hacen un problema psicológico.

Hay dos grandes causas de este enorme mal: la iniciación sexual y el ambiente sexual.

Sabemos ya en qué consiste la iniciación sexual entre nosotros. Esa primera palabra, que debería ser la más pura que escuchasen los oídos juveniles, al despertar ante el llamado de la especie, es una observación maliciosa, susurrada en cuchicheo, semisofocada por risas histéricas. La lección inaugural de castidad la dicta el más impuro de los discípulos del Liceo.

La mente del muchacho, desviada desde ese instante, sufre luego la acción del ambiente sexual. Pocas cosas hay tan espantosamente

malsanas como la atmósfera sexual que nos rodea. Al joven que da sus primeros pasos en estos caminos, todo le habla hoy día en el lenguaje de la sensualidad. El cinematógrafo es un laboratorio que da diariamente cursos de excitación pasional; la literatura pornográfica, al alcance de bolsillo más modesto, se encarga de mantener la tensión de los sentidos. El baile, la música de moda, las toilettes provocativas de las mujeres, las piscinas, el bataclán, todo está construido con un enlace diabólico para presentarnos de la mañana a la noche el aspecto sexual de la existencia. Lógicamente, el joven empieza a pensar que se le ha presentado una necesidad nueva, una necesidad imperiosa a lo que hay que satisfacer. El Estado y la sociedad, por otra parte, parecen mostrarse de acuerdo. La prostitución está reconocida y reglamentada del mismo modo que los Correos o la Beneficencia. El padre de familia hace vista gorda de ciertos excesos que comete su hijo; las niñas comentan con no disimulada admiración sus aventuras y afirman que es mejor casarse con un hombre que "haya vivido." Por último, hay médicos a puñados que opinan que la continencia es imposible que las relaciones sexuales son tan necesarias como el almuerzo y que la castidad es nociva a la salud. Agréguese que, en los establecimientos de Instrucción Secundaria, se enseña más Química que moral y más Gimnasia que Religión y comprenderemos que el muchacho, desviado su criterio desde el comienzo del proceso, respirando por todas partes el culto impúdico a lo erótico, debilita su fe, falto por completo de principios morales, caiga finalmente acosado por tantos enemigos que, sin que él lo advirtiera, se han concretado para llevarlo de tumbo en tumbo a la más inmundada de las esclavitudes: a la pasión sexual.

EL PROBLEMA CIENTIFICO

De las consideraciones precedentes, surgen varias preguntas. ¿La evolución que sigue gran parte de nuestra juventud no será acaso la marcha natural de los acontecimientos vitales? ¿No tendrán razón, tal vez, los numerosos médicos que creen que las relaciones sexuales son una necesidad ineludible? Si la función genésica es una función normal ¿por qué abstenerse de ella? ¿No sería peligrosa la continencia?

He aquí el problema científico.

Antes de ahondar en él, es necesaria una aclaración.

Si consideramos que la Ciencia abarca sólo aquello susceptible de comprobación experimental, sólo aquello estrictamente positivo, la castidad, entonces, no es un problema científico, sino un problema moral. La Ciencia, apreciada con tan estrecho criterio, podrá únicamente decidir si la continencia es o no posible, si es o no higiénica, si determina o no trastornos en el organismo.

Es lo que vamos a intentar establecer.

FISIOLOGÍA HUMANA Y CASTIDAD

La reproducción es una función normal en la vida del individuo. El hombre que no la cumple, se coloca, como dice Escande, "al margen de las leyes naturales" y puede discutirse si hace bien o no; pero nuestro problema es muy distinto. Tratamos de averiguar si, en el periodo que media entre el desarrollo de los órganos generadores y la época en que se hace posible el matrimonio, puede un individuo normal permanecer casto.

La Fisiología nos enseña que el aparato genital está destinado a la reproducción; todo en él está adaptado para el logro de su fin, cual es la fecundación de un óvulo por un espermatozoide. Esto lo saben muy bien los alumnos de Anatomía y de Biología General. Pero el joven que se entrega al acto sexual, ¿piensa acaso en reproducirse? ¿tiene idea del sentido de lo que va a realizar? Absolutamente no. Sólo lo lleva el deseo de experimentar el placer que proporciona el cumplimiento de toda función normal.

Para conservar la especie, la Naturaleza dispone que determinadas funciones sean seguidas de una sensación agradable que invite a efectuarlas; en caso contrario, si la función de alimentarnos, por ejemplo, nos produjese malos ratos, preferiríamos no hacerlo y llegaríamos a morir; de hecho, así ocurre a veces en ciertos enfermos a los cuales la ingestión de cualquier alimento provoca dolores atroces. Más de un suicidio ha causado esta circunstancia.

Del mismo modo que no se puede aceptar que se coma, se vomite y se vuelva a comer por el gusto de comer, es inadmisibile que se tuerza el fin, que se cambie el sentido, en una palabra, que se invierta la biología de la reproducción.

Pero, me dirán ustedes, concediendo que se practique el acto sexual con intenciones de procrear, es un hecho que el deseo sexual lleva al hombre a realizarlo, y, para el fisiólogo, tiene poca importancia que este acto se lleve a cabo fuera del matrimonio. Hemos venido a caer en el problema moral, cuya exposición está a cargo de otra persona. Por ahora, sólo avanzaré que hay fundamentos para hablar de la obligación monogámica en la especie humana, ya que existe un porcentaje sensiblemente igual de hombres y mujeres. Por otra parte, como muy ha establecido el profesor Fórster, de la Universidad de Munich, el hijo tiene derecho a la monogamia de sus padres.

Nos queda, sin embargo, una cuestión pendiente: el deseo sexual. ¿No llevamos en nosotros una tendencia poderosa, un instinto ciego, una fuerza irresistible que nos empuja violentamente a la reproducción? ¿No vamos contra la Naturaleza al abstenernos?

Hemos llegado a lo más hondo del problema. Antes de atacarlo, es menester que pongamos la mayor sinceridad, la mayor pureza, la mayor humildad, para ir disecando nuestros pensamientos, nuestros deseos, nuestras acciones.

¿Es lícito considerar la función reproductora como una necesidad análoga a la respiración, a la alimentación o a la excreción urinaria? De ninguna manera. La absorción de oxígeno, la ingestión de sustancias nutritivas, la eliminación de productos de desecho, en otros términos, el metabolismo con sus fases anabólica y catabólica, son un proceso individual, necesario para la conservación de la vida; el no cumplimiento de estas funciones acarrea la muerte. Absolutamente distinto es el caso de la función reproductora. La procreación tiene por fin la conservación de la especie; tener un hijo o no tenerlo beneficia o perjudica a la especie y no al individuo. Los órganos genitales son, en último análisis, órganos de la especie. La función sexual no es, pues, para el individuo una función indispensable; "es una función de lujo, una exuberancia" el hijo es la contribución que el individuo paga a la especie. Esto de ningún modo significa que nadie debe de reproducirse; sostenemos únicamente que la reproducción sólo está permitida cuando las condiciones económicas, éticas y sociales de los padres lo autorizan.

Con el fin de que la especie se conserve, existe el deseo sexual; pero cometeríamos un grave error si creyéramos que este deseo pue-

de compararse con otras necesidades individuales, como el hambre, la sed, el sueño o la micción. En efecto, estas necesidades se originan independientemente de nuestra conciencia y de nuestra voluntad; son reguladas por el sistema autónomo de la vida vegetativa y no está de ordinario en las manos del hombre el impedir que aparezcan o el hacer que se presenten. El deseo sexual, en cambio, está en íntima relación con el psiquismo. Este es un hecho que todos saben, pero que, por desgracia, no todos quieren reconocer. El deseo sexual aparece cuando causas psíquicas, tales como conversaciones, lecturas o representaciones, convergen a tópicos sexuales; este deseo se esfuma cuando, voluntaria o involuntariamente, la atención se dirige a otro objeto.

¿Es posible, entonces, que haya todavía quienes opinen que el deseo sexual es una necesidad? ¿Qué clase de necesidad es ésta, que aparece y desaparece, sea que se cumpla o no su sentencia?

Nos vamos acercando a la luz.

Si hoy día está tan difundida la idea de la necesidad sexual, si existen tantas personas que creen que al hombre lo guía un impulso irresistible, ello se debe al ambiente sexual de que hablábamos hace un rato. Es fácil comprender que así piense un joven que se desayuna con Pitigrilli, que después de almuerzo hojea afanoso las páginas de Guido da Verona o del Caballero Audaz, que en la tarde, con un whisky en el estómago, va a hacer el amor en la oscuridad del Parque y, en la noche, a la salida de cualquier espectáculo indecente, va a terminar la velada en la garconiere del más admirado de sus amigos. No exagero: con tipos de esta calaña nos topamos a cada momento. La castidad para ellos es insoportable y tienen razón; cuando se camina por el barro, es muy difícil no salpicarse los zapatos; de nada sirve colocarse zapatillas de goma; seguiremos hundidos en la inmundicia y su mal olor nos alcanzará de nuevo.

Un hombre que respira esa atmósfera sexual podrá abstenerse, por el saludable terror a las enfermedades venéreas, de las relaciones sexuales; pero será casi tan impuro como una prostituta. La castidad no es un estado físico; es la expresión externa de una pureza interior. La castidad del cuerpo, repito, es el reflejo de la castidad del alma. Un joven puede ser casto si sabe que puede serlo y si lo quiere. "Cuando el deseo sexual se impone como una necesidad, es el

hombre quien le ha permitido arraigarse," ha confundido los síntomas de aptitud sexual con el concepto de necesidad.

Por último, la función reproductora en la especie humana tiene una característica que establece una solución de continuidad, una separación, entre ésta y los demás seres vivos: el amor. Afortunado o desgraciado, el corazón de todo universitario ha palpitado puramente, alguna vez, por una mujer ideal. No creo necesario extenderme en esta cuestión; pero vale la pena traer al tapete cierta frase de un médico, el doctor Isch Wall: "Al efectuar el acto sexual, el hombre obedece a la tendencia universal de la reproducción; sin embargo, se distingue de la bestia ennobleciéndolo con el amor. Ejecutar el acto de reproducirse sin amor es una monstruosidad." Un fisiólogo ha escrito: "El hombre ama con todo su sér, con todo su pensamiento, con toda su ternura. La característica más humana es amar, aún prescindiendo del goce material. El amor humano, no tiene más límite que la voluntad. Se hace tanto más humano, cuanto más se aleja del instinto, hasta convertirse en ideal y sentimiento."

En un artículo llamado "El amor juvenil," Gregorio Marañón se expresa como sigue: "Si yo hablase desde un púlpito, diría que la virtud suprema del hombre que está edificando su propia personalidad es la castidad. Como hablo desde la tribuna profana de un libro, como soy médico y como mi tejado es, por desgracia, de vidrio tan frágil como el de la mayoría de los mortales, me limitaré a proclamar la necesidad de que la juventud, si no casta, sea continente. . . . Porque yo estoy firmemente convencido—agrega más adelante—de que el impulso sexual normal en la juventud es un impulso vacilante y débil, en lo que tiene de orgánico. Se dice que la juventud es la edad del amor; pero esta verdad se refiere exclusivamente a los componentes imaginativos y sentimentales de la pasión amorosa; en modo alguno al elemento orgánico de la misma, a la aptitud para el amor físico, que es todavía muy limitada. Edad del amor, sí; pero no edad de libertinaje; hay que dejar bien aclarado el equívoco, de tan funestas consecuencias en la práctica.

"Si este equívoco persiste, con una tolerancia incomprensible por parte de todos, en nuestras civilizaciones; si el joven prefiere, cada vez más, el auténtico goce de los sentidos al puro ideal amoroso, esto se debe—insiste el propio Marañón—a una secular influencia deformadora del medio. Por lo tanto, a pesar de cuanto digan las apa-

riencias, el combatir la poligamia mercenaria y el hábito de la aventura, el predicar la sumisión de los secretos impulsos de la sensualidad a una represión voluntaria, no es de oponerse a la ley de la Naturaleza, sino todo lo contrario; proclamar el fuero de la Naturaleza, que ha sido suplantado por un falso concepto de la juventud y de la virilidad; el concepto "donjuanesco" del amor, que con tanta insistencia hemos procurado desenmascarar y combatir."

Después del estudio de las relaciones entre Fisiología humana y Castidad, hemos concluído que ésta es posible, siempre que en ella tome parte todo el individuo, su alma y su cuerpo. Nos quedan, sin embargo, por resolver dos grupos de cuestiones; una de ellas: si la continencia está reñida con la Higiene, es decir, si el guardarla puede dejar al hombre en condiciones de inferioridad; la otra: si el ser casto acarrea perturbaciones patológicas.

HIGIENE Y CASTIDAD

Cuando mediaba el siglo pasado, la influencia lamarckiana en Biología hizo pensar a los médicos que el no uso de los órganos genitales traía a la larga la atrofia de ellos; el deseo sexual se iba debilitando hasta apagarse y el hombre llegaba poco a poco a la impotencia.

Aunque la Biología experimental ha dado ya hace algún tiempo respuesta a este modo de pensar, el argumento sigue siendo empleado hoy por gran número de médicos prácticos, cuya ignorancia de los adelantos de la Ciencia es siempre espantable. En gracia a ellos, nos ocuparemos del asunto.

Cabe anotar, por primera providencia, que la situación planteada en la argumentación no corresponde a a que nosotros defendemos, a saber, que la castidad puede y debe ser guardada antes del matrimonio; en modo alguno intentamos abogar por el voto de castidad perpetua de los seglares.

La producción de espermatozoides a nivel de las gónadas masculinas se efectúa continuamente, haya o no relaciones sexuales y la prueba de ello nos la dan las eyaculaciones involuntarias, más o menos regulares, que presentan los continentes y que son el testimonio de la competencia sexual de sujeto.

La glándula intersticial, compuesta por las células de Leydig, vierte, por otra parte, su secreción a la sangre, secreción que durante la pubertad ha dirigido el proceso de madurez genital y hecho despertar la atracción sexual. Steinach en el extranjero y Wilhelm entre nosotros, han demostrado que, si se liga al cordón espermático, vía que eleva los espermatozoides desde los testículos hacia el exterior, cesa la espermatogénesis pero la glándula intersticial sigue funcionando. Es conocido de sobra el que esta operación ha sido propuesta como uno de tantos métodos para lograr el rejuvenecimiento. La continencia, sin embargo, "no podría ser asimilada a la ligadura del canal deferente puesto que nada dificulta el movimiento espermático."

El deseo sexual no se apaga, pues, en el hombre casto; lo que se atenúa y se debilita es la tentación, la impureza.

Autores más modernos han sostenido en contra de la virginidad una tesis absolutamente opuesta a la que acabamos de refutar: la continencia determinaría una sobreexcitación genital y llevaría, en caso de mantenerse la abstención sexual, al onanismo.

No deja de ser altamente significativo el que se presenten objeciones tan contrarias como atrofia e hipertrofia sexual para la misma cuestión. Todo proviene del modo de enfocarla.

Hemos dicho y repetido que la necesidad sexual es un fenómeno de origen esencialmente psíquico. La sobreexcitación genésica no ataca sino a aquellos que se abstienen del contacto sexual forzando su imaginación, que vuela por las cálidas regiones de la sensualidad. Son continentes, pero no viven la castidad. Están cerca de una hoguera: no se queman, pero se chamuscan.

Otro tanto, y con mayor razón, podemos decir de las desviaciones del acto sexual, como la masturbación y algunos casos de pederastía. Agrego "algunos casos de pederastía," por cuanto hoy sabemos que muchos homosexuales responden a anomalías constitucionales, sobre las que no tenemos por qué profundizar ahora. El masturbador no es casto, ni siquiera continente; es el cobarde de la incontinencia. La verdadera castidad, fundada en el firme convencimiento de su posibilidad y armonizada con una vida interior pura, no puede llevar a la masturbación, como no puede llevar a la glotonería la vida del atleta.

Por regla general, los muchachos se entregan al onanismo durante la época del colegio, cuando se hace valer la influencia perniciosa de compañeros ya iniciados: esos infelices no han ido a parar al vicio por una necesidad provocada por la continencia; muy al contrario, se han creado una necesidad impura, de la que ellos mismos se avergüenzan, a veces antes que se les presente el problema.

Curiosidad, sensualismo, impureza, incontinencia de espíritu, todo eso hace al masturbador. Es absurdo y canallesco sostener que la castidad lleva a la inmundicia. "Por sus frutos conoceréis al árbol."

Para terminar con estas breves anotaciones sobre higiene y castidad, diremos algunas palabras sobre la bullada cuestión de las pérdidas seminales. Durante mucho tiempo se ha sostenido que la continencia sería causa de espermatorrea, la cual, por su repetición, terminaría debilitando el organismo y produciendo trastornos especialmente nerviosos. Observaciones más cuidadosas han establecido que, bajo el nombre de espermatorrea se ha confundido a menudo fenómenos diversos, llegando a englobarse en un mismo nombre la fosfaturia, la piuria de las cistitis crónicas y aún la gonorrea. Hoy día sabemos muy bien que estas afecciones tienen etiologías precisas y que no existe relación directa entre ellas y la castidad.

Las poluciones nocturnas nunca son frecuentes ni abundantes ni agotadoras en aquellos individuos que llevan una vida higiénica. Al revés, las grandes espermatorreas, verdaderos derrames diarios, se observan en seres intensamente entregados a la pasión sexual o en personas cuyo sistema nervioso se encuentra excitado por alguna otra causa. La eyaculación fisiológica del hombre casto jamás determina desgaste del cuerpo.

Estamos, en consecuencia, en condiciones de afirmar que la abstención sexual bien entendida no es en manera alguna una práctica antihigiénica, sino una norma de conducta científicamente posible y recomendable.

Así lo han entendido, no sólo los moralistas católicos, tan censurados hoy por supuestos prejuicios, como se denomina a las verdades desagradables, sino también investigadores serios. Para no alargar demasiado, me limito a citar al célebre Marañón, que en su obra "Amor, Conveniencia y Eugenesia", se expresa de este modo: "No quisiera perder ocasión de decir una vez más a los jóvenes, a los hombres—y a las mujeres que formaron los hombres de mañana—

que la plena virilidad sobreviene en el hombre muy tardíamente, pasada, desde luego, la mocedad. Por lo tanto, el uso temprano de esa función, que se considera no sólo como natural, sino como una condición necesaria para poder llamarse "hombre," es tan absurdo como lo sería exigir a las espigas el grano dorado en el mes de abril, cuando están verdes todavía.

"Este equívoco funesto ha amargado la vida de innumerables jóvenes que se creen inaptos para la vida del amor, y, por lo tanto irremediabilmente inferiores y desgraciados, sencillamente porque nadie les ha dicho que las leyes de la Naturaleza no se pueden anticipar, aunque digan otra cosa los manuales de erótica comprados clandestinamente, o el amigo fachendoso que refiere proezas que sería imposible comprobar."

"La virilidad del joven—escribe en otra parte el mismo Marañón—debe ser, para ser eficaz, una virilidad inédita y pletórica, no una virilidad gastada a destiempo, tomada a préstamo de su propio porvenir."

PALOTOGIA Y CASTIDAD

Tanto se ha hablado, sobre todo en los tiempos actuales, de la perniciosa influencia de la castidad en la génesis de afecciones nerviosas, que creemos útil dedicar algunas líneas a estas consideraciones.

Diversos autores han publicado casos de hombres que observaban la abstención sexual, se hicieron neurasténicos y terminaron en la impotencia. Sin embargo, el análisis minucioso de estos casos ha revelado que buena parte de estos neurasténicos lo eran, no por castos, sino por impotentes, que es algo muy diverso. Otro gran número pertenecía al grupo, que hemos comentado antes, de los continentes temerosos, pero no convencidos, esos que de mil amores se entregarían a excesos increíbles, si no fuese por tal o cual motivo, más o menos privado, que los mantiene en jaque. Por último, hay casos en que la neurastenia coincide con la castidad; pero nunca hasta ahora se ha logrado demostrar que la privación de las relaciones sexuales haya sido la causa del trastorno nervioso. De ordinario, se trata de jóvenes y adultos que han presentado síntomas mentales desde su niñez y poseen una constitución e influencia hereditaria características.

Las doctrinas del conocido psicólogo vienés Siegmund Freud han puesto nuevamente de moda la cuestión de las neurosis y sus relaciones con la sexualidad. Tales problemas están todavía en discusión y requieren, para su crítica, conocimientos especiales, cuya exposición nos obligaría a extendernos más de lo conveniente. Un hecho, sin embargo, podemos dejar establecido: la represión que, según Freud, desempeña un rol tan importante en el origen de la neurosis, no tiene por qué presentarse en el verdadero casto, en el hombre que rechaza un mal pensamiento o aparta su vista de una lámina inmunda, sabiendo que procede bien. La represión de que habla Freud es distinta; es una renuncia forzada, algo así como una despedida triste; la represión sexual se observa en el hombre enamorado del pecado, en aquel que pasa en el eterno conflicto entre el cuerpo y el espíritu que tienen los que viven con el cuerpo. A éstos los cura, a veces, el psico-análisis; quizás sanarían todos si recurriesen a un procedimiento terapéutico más antiguo y más completo; al sublime psico-análisis que es el Sacramento de la Confesión.

*

* *

Jóvenes universitarios: hemos revisado, velozmente pero con honradez, la Fisiología, la Higiene, la Patología humanas y la Ciencia nos ha dicho que la castidad es posible y que conviene guardarla. Luego oiremos que la Moral obliga a su observancia. La castidad no es una palabra que sirve para hacer chistes de dudoso gusto; es un mandato que pesa sobre nuestras conciencias. “Qué hemos de hacer—se pregunta Marañón—en el siglo XX, en el que todo se anticipa, la sensualidad se anticipa también. Pues, contra el peso muerto del ambiente, está la rebeldía de la juventud. Pero esta vez con la más difícil rebeldía, que es la que va contra nosotros mismos; la suprema y heroica rebeldía que consiste en decir: ante mí se abre el camino florido, trazado para mi deseo; mi juventud me empuja; nada se me o pone. Y, sin embargo, de aquí no pasaré.”

Roberto Barahona